



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 20 de agosto de 1997

La Virgen María, modelo de la virginidad de la Iglesia

1. La Iglesia es madre y virgen. El Concilio, después de afirmar que es madre, siguiendo el modelo de María, le atribuye el título de virgen, y explica su significado: «También ella es virgen que guarda íntegra y pura la fidelidad prometida al Esposo, e imitando a la Madre de su Señor, con la fuerza del Espíritu Santo, conserva virginalmente la fe íntegra, la esperanza firme y la caridad sincera » (*Lumen gentium*, 64).

Así pues, María es también modelo de la virginidad de la Iglesia. A este respecto, conviene precisar que la virginidad no pertenece a la Iglesia en sentido estricto, dado que no constituye el estado de vida de la gran mayoría de los fieles. En efecto, en virtud del providencial plan divino, el camino del matrimonio es la condición más general y, podríamos decir, la más común de los que han sido llamados a la fe. El don de la virginidad está reservado a un número limitado de fieles, llamados a una misión particular dentro de la comunidad eclesial.

Con todo, el Concilio, refiriendo la doctrina de san Agustín, sostiene que la Iglesia es virgen en sentido espiritual de integridad en la fe, en la esperanza y en la caridad. Por ello, la Iglesia no es virgen en el cuerpo de todos sus miembros, pero posee la virginidad del espíritu («virginitas mentis»), es decir, «la fe íntegra, la esperanza firme y la caridad sincera» (*In Ioannem Tractatus*, 13, 12: *PL* 35, 1.499).

2. La constitución *Lumen gentium* recuerda, a continuación, que la virginidad de María, modelo de la de la Iglesia, incluye también la dimensión física, por la que concibió virginalmente a Jesús por obra del Espíritu Santo, sin intervención del hombre.

María es virgen en el cuerpo y virgen en el corazón, como lo manifiesta su intención de vivir en profunda intimidad con el Señor, expresada firmemente en el momento de la Anunciación. Por tanto, la que es invocada como «Virgen entre las vírgenes», constituye sin duda para todos un altísimo ejemplo de pureza y de entrega total al Señor. Pero, de modo especial, se inspiran en ella las vírgenes cristianas y los que se dedican de modo radical y exclusivo al Señor en las diversas formas de vida consagrada.

Así, después de desempeñar un papel importante en la obra de la salvación, la virginidad de María sigue influyendo benéficamente en la vida de la Iglesia.

3. No conviene olvidar que el primer ejemplar, y el más excelso, de toda vida casta es ciertamente Cristo. Sin embargo, María constituye el modelo especial de la castidad vivida por amor a Jesús Señor.

Ella estimula a todos los cristianos a vivir con especial esmero la castidad según su propio estado, y a encomendarse al Señor en las diferentes circunstancias de la vida. María, que es por excelencia santuario del Espíritu Santo, ayuda a los creyentes a redescubrir su propio cuerpo como templo de Dios (cf. 1 Co 6, 19) y a respetar su nobleza y santidad.

A la Virgen dirigen su mirada los jóvenes que buscan un amor auténtico e invocan su ayuda materna para perseverar en la pureza.

María recuerda a los esposos los valores fundamentales del matrimonio, ayudándoles a superar la tentación del desaliento y a dominar las pasiones que pretenden subyugar su corazón. Su entrega total a Dios constituye para ellos un fuerte estímulo a vivir en fidelidad recíproca, para no ceder nunca ante las dificultades que ponen en peligro la comunión conyugal.

4. El Concilio exhorta a los fieles a contemplar a María, para que imiten su fe «virginalmente íntegra», su esperanza y su caridad.

Conservar la integridad de la fe representa una tarea ardua para la Iglesia, llamada a una vigilancia constante, incluso a costa de sacrificios y luchas. En efecto, la fe de la Iglesia no sólo se ve amenazada por los que rechazan el mensaje del Evangelio, sino sobre todo por los que, acogiendo sólo una parte de la verdad revelada, se niegan a compartir plenamente todo el patrimonio de fe de la Esposa de Cristo.

Por desgracia, esa tentación, que se encuentra ya desde los orígenes de la Iglesia, sigue presente en su vida, y la impulsa a aceptar sólo en parte la Revelación o a dar a la palabra de Dios una interpretación restringida y personal, de acuerdo con la mentalidad dominante y los deseos individuales. María, que aceptó plenamente la palabra del Señor, constituye para la Iglesia un modelo insuperable de fe «virginalmente íntegra», que acoge con docilidad y

perseverancia toda la verdad revelada. Y, con su constante intercesión, obtiene a la Iglesia la luz de la esperanza y el fuego de la caridad, virtudes de las que ella, en su vida terrena, fue para todos ejemplo inigualable.

Saludos

Mi saludo cordial se dirige ahora a los peregrinos de lengua española. Entre ellos, al grupo de Frailes Menores de España, a los fieles de la parroquia de Santa Eulalia de Mérida, a los peregrinos de Tabernes de Valldigna, así como a los demás grupos de México, Bolivia y Venezuela. A todos os exhorto a que, con la mirada puesta en María, modelo de la Iglesia, acompañéis con vuestra oración el Encuentro mundial de la juventud de París, adonde mañana me dirigiré. Con afecto os imparto la bendición apostólica.

(En eslovaco)

La Virgen María está cerca de nosotros, nos ayuda a servir bien a Dios, nuestro Señor, para que podamos, como ella, entrar en la gloria del cielo.

(En húngaro)

En mi catequesis de hoy he reflexionado sobre María, que es modelo de la virginidad de la Iglesia. Celebráis la solemnidad de san Esteban, primer santo rey de Hungría. Siguiendo las huellas de este santo, renovad el ofrecimiento de la nación a María, invocando su especial mediación para cada una de las personas, las familias y todo el pueblo húngaro.

(En italiano)

La atención de todos se dirige en estos días a París, donde se está celebrando la Jornada mundial de la juventud. Queridísimos *muchachos* y *muchachas*, os invito a uniros espiritualmente a vuestros coetáneos reunidos allí, para compartir la extraordinaria experiencia del encuentro con Cristo Maestro, que da sentido pleno a la existencia humana. Os pido a vosotros, queridos *enfermos* y *recién casados*, que acompañéis esta importante peregrinación juvenil con vuestra plegaria, a fin de que sus frutos espirituales redunden en beneficio del pueblo cristiano en todas las partes del mundo.
